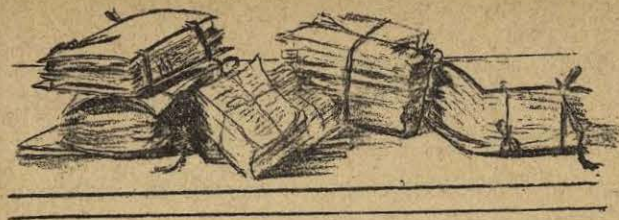
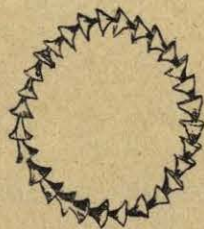


¡Bendito sea el año que hoy termina! Ha sido mi año de prueba, mi año de gracia, durante el que he podido reanimar en mi espíritu el fuego de la fe y arrojar en él humildemente el incienso de la plegaria.



XII

Diálogo entre difuntos

Cuando los ataúdes quedaron otra vez clavados y cerrados los sepulcros, cuando los funcionarios, los sabios, los periodistas y los fotógrafos se hubieron retirado, cuando al fin reinó el silencio de la soledad en la cripta del Panteón, las sombras de Voltaire y de Rousseau, que habían asistido, invisibles, á la violación de sus tumbas, tomaron cuerpo súbitamente.

Acostumbran los espectros no revestirse de la forma humana sino en ausencia de los vivientes, por la repugnancia que les causa la compañía de unos seres groseros, de carne y hueso como nosotros. Esto es lo que explica, dicho sea de paso, que los espiritistas no hayan conseguido nunca, que yo sepa, évocar un espíritu auténtico, un espectro real, ni siquiera un fantasma como los que vi hace tiempo en el teatro del Châ-

telet, en un melodrama arreglado del inglés. Aquellos eran unos honrados fantasmas que cumplían á maravilla su cometido, y ponían al espectador los pelos de punta, cuando un personaje de la obra les atravesaba con su espada, sin que diesen la menor señal de sentirla. De aquí mi desconfianza de los brujos de levita, que no saben, con toda su magia, llegar á un resultado tan sencillo, obtenido por un simple maquinista, mediante algunos espejos ingeniosamente combinados.

Así pues, cuando quedó en silencio la cripta del Panteón, Voltaire y Rousseau, «espectros vivientes é impalpables», como decían los carteles del *Secreto de Miss Aurora*, se levantaron de sus propias tumbas, tales como habían sido en los últimos años de su vida terrena. Al Patriarca de Ferney era fácil reconocerle, por su bastón, su peluca, su perfil de cascanueces y las dos tibias con medias de seda que le servían de piernas. En cuanto al ilustre Ginebrino, llevaba el traje de armenio, caftán á la turca y bonete de mamamouchi (1), que le proporcionaron en las calles de París un éxito parecido al de nuestro diputado musulmán.

A la primera ojeada los dos filósofos se reconocieron, y, cosa notable, no se dieron la menor muestra de odio ni de furor. Entre otras excelentes virtudes, la muerte tiene de bueno que reconcilia á los más encarnizados enemigos, hasta á los enemigos literatos;

(1) Dignidad burlesca inventada por Molière en su comedia *Le Bourgeois gentilhomme*.—N. DEL T.

así es que al pasar el Cocito (1), los polemistas ponen fin á las luchas mezquinas y bajas rivalidades que en el mundo les cubren de ridículo, cuando no les manchan la honra.

Con su innegable gracia aristocrática, el autor de *Cándido* se adelantó hacia el autor de las *Confesiones* y, sacando de un bolsillo de su casaca bordada una tabaquera que lucía un retrato en miniatura del rey de Prusia, con orla de brillantes, se la tendió á Rousseau, quien tomó sin la menor repugnancia un buen polvo de rapé y lo sorbió ruidosamente.

Luego, acordándose de lo que acababan de presenciar, los rostros de los dos espectros expresaron, cada uno á su manera, los sentimientos que experimentaban. En los labios de Voltaire se dibujó su «repugnante sonrisa», la sonrisa esculpida por Houdon y cantada por Musset; y Rousseau, avanzando el labio inferior, hizo su mueca más misantrópica.

—Mi querido Juan Jacobo, dijo entonces el viejo Arouet, es preciso confesar que hemos asistido á una repugnante ceremonia.

—Es verdad, respondió Rousseau. Ha sido un espectáculo muy propio para indignar á cualquiera persona decente.

—Nuestros actuales admiradores, repuso Voltaire,

(1) Río del antiguo Epiro. Virgilio y otros poetas latinos, tomándolo de los griegos, señalan á este río como el principal del infierno pagano, al que rodeaba casi por entero.—N. DEL T.

han dado hoy una prueba de verdadera torpeza. Para hacer constar que Luis XVIII, un regular literato si no lo lleváis á mal, un poeta de mi escuela... ¿Conocéis los versos que escribió en el abanico de María Antonieta?...

*Au milieu des chaleurs extrêmes,
Heureux d'amuser vos loisirs,
Je ne veux appeler vers vous que les zéphirs;
Les amours y viendront d'eux-mêmes (1).*

Son muy bonitos, ¿verdad?... Para probar, pues, que Luis XVIII había dejado profanar nuestros sepulcros y aventar nuestras cenizas, esos imbéciles han destruído una leyenda que les interesaba conservar, han quitado toda su fuerza á un gran argumento contra la Restauración y los Jesuítas y han cubierto de ridiculez una página de Víctor Hugo, nuestro vecino en este edificio. Si no me engaño, en el lenguaje moderno esto se llama hacer una plancha.

—Tanto más, prosiguió el ginebrino, cuanto que por lo que toca á la profanación de sepulturas nuestros discípulos tienen el tejado de vidrio...

—Sí, interrumpió Voltaire con aire pensativo, el saqueo de la basílica de Saint-Denis, la violación de los sepulcros, los huesos de nuestros reyes arrojados á las cloacas... Precisamente los de Luis XIV, cuyo

(1) En el rigor del abrasado estío—me gozaré en amenizar vuestros ocios,—sin más que atraeros los céfiros;—los amores vendrán ellos por sí solos.

panegírico yo dejé escrito, y los de Enrique IV, en honor del cual compuse un poema, que, dicho sea entre nosotros, no es la mejor de mis obras. Sin duda aquel día el populacho se mostró abyecto, descubrió su fondo



de ferocidad, sus instintos de hiena... Pero ¿quién tiene la culpa, sino vos que fuisteis el primero en decir que el pueblo es rey, autorizando y disculpando de antemano todos los desmanes y excesos de la chusma?

—Dejaos de reproches, Voltaire amigo. Vos sois tan responsable como yo de estos horrores. Si yo corrí en pos de una imposible utopía, si yo levanté castillos en el aire, vos fuisteis, en cambio, el demole-

dor infatigable de todo ideal y de todo respeto. La opinión no se engaña cuando asocia nuestros nombres y nos señala como principales autores de la Revolución, de aquel horrible desbordamiento de la perversidad humana, cuyos beneficios, fanáticamente admirados en un principio, parecen hoy día tan discutibles. Sin embargo, mi suprema aspiración eran la justicia y la felicidad universal. ¿Cómo había de prever tantos crímenes? ¿Cómo prever que yo, el hombre sentimental y siempre enternecido, el apacible amigo de la naturaleza, el bebedor de leche, engendraría estos corazones de roca y estos bebedores de sangre? ¿Cómo esperar que, fundándose en que yo proclamé, en nombre del pacto social, la legitimidad de la ejecución de los reos, Robespierre, mi terrible discípulo, cubriría la Francia de cadalsos? ¡Ah! Pienso á veces que el día que escribí aquella página fatal, firmé sin saberlo innumerables sentencias de muerte.

—Sabed, amigo mío, dijo á su vez Voltaire dejando de sonreír, sabed para consuelo vuestro que también yo dudo con frecuencia de la bondad de mi obra. Y no obstante, en ella se refleja fielmente la ligereza y corrupción de mi siglo, que bromeando pronunció palabras formidables. Temo, en verdad, haber sido tan temerario como el discípulo de cierto brujo, que sabía las palabras cabalísticas para hacer salir al diablo de un alambique, pero había olvidado las que servían para volverlo á encerrar. Así es que el día en que vi de-

gollar á los sacerdotes y adorar á una ramera como diosa de la razón, en plena catedral de París, me pregunté seriamente si los hombres de mi época habían hecho bien en aplaudir con tanto calor mis accesos de cinismo y de impiedad, y si yo no habría hecho mejor en guardarme en el magín todas las picardías del *Diccionario filosófico*.

—Si al menos, replicó Rousseau, hubiera pasado la Revolución como una tempestad; si el cielo hubiera vuelto á serenarse, sucediendo el orden y la paz á tan horribles convulsiones... Pero nada de esto. Desde aquella época todas las naciones civilizadas viven en constante agitación. Han estallado guerras espantosas, se han puesto en campaña ejércitos inmensos, como no se había visto desde la invasión de los bárbaros; y á la hora presente la Europa entera se afana por construir cañones y buques de guerra. ¡Y yo que creía en el próximo advenimiento de una edad de oro, de un paraíso pastoril, en el que la inocente juventud se divertiría formando corros y cantando arias de opereta, y los prudentes ancianos se dedicarían á la botánica!

—¡Qué le vamos á hacer! suspiró el viejo satírico. Resulta que la inmortalidad no nos sirve á los espectros más que para ir perdiendo las postreras ilusiones. Y decidme, ya que hemos empezado este examen de conciencia, ¿qué pensáis de las conquistas de la Revolución, de la igualdad de los ciudadanos, por ejemplo?

—Que existen en las leyes, pero no en las costumbres; que la aristocracia de la sangre, culpable, sin duda, de graves abusos, ha sido substituída por la aristocracia del dinero, mil veces más escandalosa; y que basta echar una mirada sobre la sociedad moderna para comprender que tardará mucho en triunfar la única aristocracia digna de ser reconocida por todos: la del talento y la virtud.

—¿Y qué opináis de la subordinación de la Iglesia al Estado?

—Veo que da por resultado el establecimiento de cierto ateísmo oficial que hasta mi Vicario Saboyano hallaría deplorable. Ahora que estamos solos y no puede escucharnos ningún ministerial—porque si el gobierno se enterase de nuestra conversación, es posible que esta vez fuésemos desalojados de veras de nuestras tumbas y enterrados en cualquier rincón desconocido,—os diré que desde que ha sido destruída con toda clase de medios la fe religiosa del pueblo francés, éste ha ido perdiendo el sentido moral y se ha sentido cada vez más infeliz.

—Quedan aún por examinar las ventajas de la libertad de la prensa, dijo entonces Voltaire, y esto sí que me toca de cerca, puesto que soy, en cierto modo, el padre del periodismo. Pues bien, en mi sentir, la prensa moderna se parece extremadamente á mis obras, que ahora juzgo severamente: hay en ellas algunas páginas vibrantes, que exaltan la verdad y la justicia;

pero hay también una extraordinaria profusión de injurias, de mentiras y de obscenidades.

—¡Ay, amigo mío! Vos que predicasteis durante toda vuestra vida la tolerancia, sabed que no ha mucho fué condecorado un alcalde que mandó dispersar por los gendarmes una procesión de muchachas que acababan de hacer su primera comunión. ¿Qué me decís de ello?

—Y vos, que teníais tantas pretensiones de moralista y queríais convencer á las duquesas cortesanas de que debían amamantar á sus hijos, ¿sabéis que ahora nuestras feministas sostienen que el amamantamiento maternal debe ser considerado como un resto de barbarie? ¿Qué os parece el asunto?

Al llegar aquí los dos filósofos se miraron consternados y exclamaron, uno tras otro:

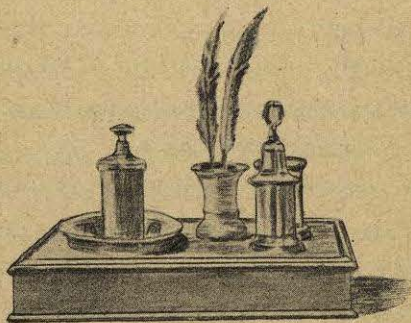
—¡Ay, amigo Rousseau! ¿Será al fin un puro fracaso la Revolución que nosotros preparamos?

—¡Ay, amigo Voltaire! ¿Será tan sólo una patraña la Declaración de los Derechos del Hombre, extractada de nuestras obras?

—Lo más grave, repuso el Patriarca de Ferney, no es que nosotros, dos espectros desengañados, manifestemos estas dudas en el fondo de un subterráneo solitario; sino que muchos entendimientos sedientos de justicia se las expongan á sí mismos y se desesperen y subleven ante las cobardes evasivas y burdas artimañas de los políticos, arrojándose lógicamente en brazos de la anarquía.

—¡A quién se lo decís! Esto es lo que me descon-
suela: que en mis escritos hayan hallado argumentos
estos miserables. ¿Por qué escribí un día la necia pa-
radoja de que toda sociedad es mala, por fundarse en
las usurpaciones de los unos y las cobardías de los
otros? Ahora que me importan un comino todas mis
fantasías, veo con dolor que los anarquistas más impa-
cientes encienden las mechas de sus bombas con una
hoja arrancada de mi Contrato Social.

Voltaire y Rousseau habrían continuado, sin duda,
por un buen rato su conversación, si no hubiesen oído
un ruido de pasos que se iban acercando. Era que uno
de los violadores de tumbas había olvidado su para-
guas en la cripta y volvía á buscarlo, acompañado del
guardián. Y como los espectros, según hemos dicho
antes, no gustan de alternar con los simples mortales,
las dos sombras se desvanecieron en un instante, como
por arte de encantamiento.



XIII

San Vicente de Paul

¿Os agradaría que para cambiar un poco de conver-
sación—porque actualmente en los periódicos y en las
tertulias sólo se trata de asuntos violentos ó indecoro-
sos hasta producir náuseas,—os agradaría, repito, que
al modo como se purifica el aire viciado de una habita-
ción quemando un poco de azúcar, hablásemos por un
momento de un alma noble?

El *San Vicente de Paul*, publicado por Mr. de Brog-
lie, nos ofrece una ocasión inmejorable.

Se han escrito ya, no hay quien lo ignore, numero-
sas é importantes obras, suficientes para formar una
pequeña biblioteca, acerca de este siervo de Dios y de
los pobres. No obstante, Mr. de Broglie no ha creído